




LA
COLECCIONISTA

Una apasionante novela sobre una de las mujeres más poderosas del mundo del arte y los libros de Nueva York.

MARIE BENEDICT

VICTORIA
CHRISTOPHER MURRAY

BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*
LIBRO DEL AÑO POR *THE WASHINGTON POST*

 Planeta

MARIE BENEDICT Y
VICTORIA CHRISTOPHER MURRAY

LA COLECCIONISTA

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola

 Planeta

Título original: *The Personal Librarian*

© Marie Benedict y Victoria Christopher Murray, 2021

© por la traducción, Yara Trevethan Gaxiola, 2022

Esta edición es publicada por acuerdo con The Laura Dail Literary Agency a través de International Editors' Co.

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Citas del interior

Pág. 258 © *El mercader de Venecia / Como gustéis*, Shakespeare. Traducción de Ángel-Luis Pujante, Austral Editorial, 2011.

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27307-3

Depósito legal: B. 6.286-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

*28 de noviembre de 1905
Princeton, Nueva Jersey*

El viejo campanario norte marca la hora y me doy cuenta de que llegaré tarde. Anhele correr a toda velocidad, con mis voluminosas faldas alzadas y mis piernas sobrevolando los senderos de la Universidad de Princeton. Pero justo cuando levanto las pesadas telas, oigo la voz de mamá: «Belle, debes comportarte como una señorita en todo momento». Suspiro; una señorita jamás correría.

Cuando atravieso el paisaje gótico y arbolado de Princeton, diseñado para que se parezca al de Cambridge y Oxford, suelto la tela y aminoro el paso. Sé que no debo hacer nada para llamar la atención. En el momento en el que cruzo Blair Arch, mi paso es rápido, pero aceptable para una señorita.

Hace ya cinco años que dejé nuestro apartamento en la ciudad de Nueva York para venir a este tranquilo pueblo universitario de Nueva Jersey, y el silencio sigue siendo inquietante. Los fines de semana quisiera volver a la energía de Nueva York, pero los sesenta centavos del billete de tren están fuera de nuestro presupuesto familiar. Por eso, en su lugar envío dinero a casa.

Al cruzar debajo de la torre almenada, modero el paso para evitar llegar sin aliento a mi destino. «Estás en la Universidad

de Princeton. Debes tener mucho más cuidado cuando trabajes en esa institución, que es exclusivamente masculina. Sé precavida, nunca hagas nada para sobresalir.» Aunque esté a casi cien kilómetros de distancia, mamá se insinúa en mis pensamientos.

Empujo lentamente la pesada puerta de roble para que el crujido no sea tan fuerte, y camino de puntillas por el suelo de mármol del vestíbulo, tan silenciosa como mis botas de piel de becerro me lo permiten; avanzo furtivamente hasta la oficina que comparto con otras dos bibliotecarias. La habitación está vacía y exhalo aliviada. Si la amable señorita McKeena me viera llegar tarde, no tendría importancia. Pero con la señorita Adams, de ojos pesados y carácter entrometido, nunca podría estar segura de que no mencionara mi falta a nuestro superior en algún momento futuro.

Me quito el abrigo y el sombrero con cuidado de no alborotar mi cabello rizado y rebelde. Estiro mi falda azul marino antes de sentarme. En cuestión de minutos, la puerta de la oficina se abre de golpe, da contra la pared de paneles de madera y me hace soltar un respingo. Es mi única buena amiga, mi compañera bibliotecaria y de vivienda, Gertrude Hyde. Como es sobrina de la respetada jefa de compras de la biblioteca, Charlotte Martins, ella puede vulnerar la sagrada tranquilidad de los pasillos sin miedo a las represalias. Es una chica entusiasta de veintitrés años con cabello rojizo y ojos brillantes; nadie me hace reír como ella.

—Disculpa que te haya sobresaltado, querida Belle. Supongo que ahora te debo dos disculpas, en lugar de la única que tenía la intención de pedirte. Primero, te abandonamos esta mañana, lo que sin duda ha provocado que llegaras tarde —dice con una sonrisa traviesa y una mirada de reojo hacia el reloj de pared—, y, ahora, te he dado un buen susto.

—No seas tonta. La culpa es mía. Debí dejar para después esa carta a mi madre y venir al campus contigo y con Charlotte... Con la señorita Martins, quiero decir —me corrijo.

Casi todos los días, Charlotte, Gertrude y yo caminamos juntas desde su gran casa familiar en University Drive, donde yo tengo una habitación y comparto las comidas con ellas y con el resto de su familia, quienes también viven en la casa. Desde el principio, ellas me recibieron con calidez y generosidad en su hogar y en sus círculos sociales, y en el trabajo me brindaron una enorme ayuda. No puedo imaginar cómo hubiera sido mi vida en Princeton sin ellas.

—Belle, ¿por qué tanto alboroto por cómo llamas a la tía Charlotte? Aquí solo estamos tú y yo —me riñe Gertrude, burlona.

No digo lo que estoy pensando: Gertrude no necesita examinar cada momento de cada día a partir de los estándares sociales para asegurarse de que su comportamiento pase la prueba. Ella no necesita analizar sus palabras, su andar, sus modales; pero yo sí. Incluso con Gertrude debo actuar con cuidado, en particular debido al agudo escrutinio de este pueblo universitario, que funciona como si estuviéramos en el sur segregado, en lugar del norte, supuestamente más progresista.

En el pasillo, al otro lado de la puerta de mi oficina, se oye el taconeo distintivo de los zapatos de la señorita Adams, y la falda de la señorita Gertrude se agita conforme avanza para irse. Le tiene tanto cariño a mi compañera de oficina como yo, pero sale corriendo para no quedar atrapada en una conversación.

Antes de alejarse de la oficina, se vuelve hacia mí y murmura:

—¿Sigues libre para la conferencia de filosofía de esta noche?

Desde que Woodrow Wilson asumió la presidencia de la Universidad de Princeton hace tres años e instituyó toda suerte de reformas escolares, ha aumentado el número de conferencias a las que pueden asistir el personal y los miembros de la comunidad. Si bien Gertrude y yo disfrutamos de que nos incluyan en la vida académica del campus, yo detesto algunas de las otras decisiones que Wilson ha tomado; por ejemplo,

mantener Princeton como una universidad exclusiva para blancos, cuando todas las otras escuelas de la Ivy League ya admiten a gente de color. Pero nunca expresaría en voz alta estas opiniones.

En cambio, respondo:

—No me la perdería por nada del mundo.

La calma de los ejemplares apilados me envuelve como una manta suave. Me relajo entre el silencio tenue de las páginas que los lectores hojean y el olor de las encuadernaciones de piel. Mis largos días en compañía de manuscritos medievales y libros recién impresos me provocan serenidad y deleite. Pienso en la labor de los primeros impresores, quienes conmemoraban el idioma inglés y difundían su literatura mediante el trabajo meticuloso de colocar un carácter tras otro; así, transformaban las páginas vacías en hermosos textos que inspiraban a devotos y lectores. Esa imagen me transporta más allá de los límites de este tiempo y lugar, tal como mi padre siempre creyó. Para él, la palabra escrita podía actuar como una invitación al libre pensamiento y a un mundo más vasto. Y eso cobraba un sentido especial en los albores de la palabra impresa, porque, por primera vez, esa invitación se podía extender a las masas, en lugar de a unos pocos elegidos.

—Señorita Greene.

Escucho una voz suave al otro lado de las estanterías.

Dos sencillas palabras, pero el tono modulado y el acento característico de mi visitante lo delatan, por no mencionar que lo estaba esperando.

—Buenos días, señor Morgan —respondo mirando en su dirección.

Aunque hablo en voz baja, la señorita Scott levanta la mirada desde el escritorio de la recepción con el ceño fruncido, como si desaprobara. Lo que le molesta no es tanto mi volumen

de voz, sino la afabilidad de mi relación con el compañero bibliotecario y benefactor de colecciones.

Si bien el señor Junius Morgan es un banquero, ha donado con generosidad docenas de antiguos manuscritos medievales a la universidad, y por ello también tiene el título de bibliotecario asociado en jefe. Estoy convencida de que la señorita Scott piensa que cualquier tipo de relación entre nosotros —aunque sea solo amable, profesional— está por debajo de él.

Un hombre delgado de escaso cabello castaño entra en la oficina, con una expresión cordial detrás de sus gafas circulares.

—¿Cómo está, señorita Greene?

—Bien, señor, ¿y usted?

Mi tono es profesional y reservado. Son veinte minutos más tarde de la hora que habíamos acordado, y yo había empezado a pensar que se había olvidado de nuestra cita. Pero jamás me atrevería a mencionar su retraso.

—Le iba a echar un vistazo a Virgilio, como acordamos ayer. Me preguntaba si aún le gustaría acompañarme. Siempre y cuando su faena y su interés lo permitan, por supuesto.

El señor Morgan, a quien llamo Junius en la intimidad de mis pensamientos, sabe que mi celo por las colecciones más valiosas de la biblioteca es casi tan intenso como el suyo, y que ninguna de mis otras tareas obstaculizaría la consulta privada que me prometió.

Compartimos la pasión por Virgilio, el antiguo poeta romano. La biblioteca alberga cincuenta y dos volúmenes de su poesía. Mis conversaciones con Junius sobre los misteriosos viajes de la *Eneida* y la *Odisea* han constituido algunos de los momentos más emocionantes de mi vida. Julius admira a Ulises; yo siempre me identifico con Eneas, el troyano refugiado que intenta cumplir su destino en un mundo que no tiene lugar para él. A Eneas lo impulsaba el deber, el sacrificio por el bien de otros.

—Ya he despejado mi agenda, señor. —Sonrío.

—Maravilloso. Si fuera tan amable de seguirme.

Mi falda roza el suelo de roble mientras sigo a Junius hasta la pequeña y elegante sala en donde se alojan las obras de Virgilio. Tengo que respirar hondo y contenerme para no golpetear el suelo con el pie mientras espero a que saque el pesado llavero de su bolsillo.

Finalmente, empuja la puerta para mostrar las vitrinas que guardan la valiosa colección de libros excepcionales. Solo existen unos ciento cincuenta libros impresos de la poesía de Virgilio. Todos estos volúmenes se imprimieron en el siglo xv. La mayoría los donó Junius.

He visto estos libros solo unas cuantas veces, mientras estaba acompañada del equipo de restauración. Este es un momento sagrado.

La voz del señor Morgan se escabulle en la santidad de mis pensamientos.

—¿Le gustaría sostener mi favorito?

Junius tiene en las manos el ejemplar de los impresores Sweynheym y Pannartz, el más valioso de todos. Los clérigos alemanes Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz fueron dos de los primeros impresores en el siglo xv, y el libro que me presenta es una de las primeras ediciones de su imprenta.

—¿Puedo? —pregunto incrédula ante esta oportunidad.

—Por supuesto.

Sus ojos brillan detrás de los anteojos. Sospecho que para él es emocionante compartir su tesoro con alguien que lo aprecia en la misma medida.

Me pongo los guantes blancos que me ofrece. El libro es más pesado de lo que esperaba. Me siento frente a él y abro las páginas.

Mi padre hubiera disfrutado tanto este momento. Pienso en él, que me introdujo en el refinado mundo del arte y los manuscritos cuando yo era una niña.

«Un día, la belleza de tu mente y la belleza del arte estarán unidas», me dijo una vez.

El recuerdo de sus palabras me hace sonreír conforme paso las páginas amarillentas. Examinó los detalles de la letra *T*, escrita a mano, que marca el inicio de la página, y me maravilla el lustre de la lámina de oro. Me olvido de la presencia de Junius hasta que empieza a hablar.

—Anoche vi a mi tío.

Junius no tiene que explicar quién es su tío. Todos en la biblioteca sabemos que es nieto del infame financiero J. P. Morgan, y por eso nunca lo menciono. Quiero que Junius entienda que lo aprecio solo por su erudición.

—Ah, ¿sí? —respondo con amabilidad sin apartar los ojos de la página.

—Sí, en el Club Grolier.

Conozco el club del que habla por su reputación. Se fundó hace unos veinte años, en 1884. El club privado está formado por bibliófilos adinerados cuyo objetivo principal es promover el estudio y la colección de libros. Me encantaría echar un vistazo detrás de esas puertas cerradas de su palacete románico en la calle Treinta y dos Este. Pero, como mujer, nunca me admitirían; y para esos hombres, mi sexo no sería mi único pecado.

—¿Asistió a una conferencia interesante? —Trato de continuar la charla.

—De hecho, señorita Greene, la conferencia no fue lo interesante.

El tono de Junius no es el acostumbrado, es casi juguetón. Curiosa, aparto la mirada de Virgilio. El rostro plácido de Junius, siempre agradable pero siempre serio, esboza una enorme sonrisa. Es un poco desconcertante; mientras me inclino un poco hacia atrás, me pregunto qué diablos está pasando.

—¿No? —pregunto—. ¿La conferencia no fue buena?

—La conferencia estuvo bien, pero la charla más fascinante de la noche fue con mi tío, acerca de su colección personal de arte y manuscritos. Lo aconsejo sobre ella de vez en cuando, así

como sobre la biblioteca que está construyendo junto a su casa en la ciudad de Nueva York.

—Ah, sí —asiento—. ¿Está pensando en hacer una nueva adquisición interesante?

Junius calla un momento antes de responder.

—Por decirlo de alguna manera, supongo que está buscando una nueva adquisición —contesta con una risita cómplice—. Le recomendé que la entrevistara a usted para el nuevo puesto de bibliotecaria.